

los días la admirable escena del *Ruy Blas*, de Víctor Hugo, en que cada cortesano se adjudica lo que le toca en el reparto de los despojos de la fortuna pública; las reinas, olvidadas de sus maridos, se entregaban á novelescos galanteos, y cada bosquecillo del Retiro, cada estancia del palacio del Pardo era un lugar de cita y un sepulcro de la honra real; los frailes lo dominaban todo, arriba interviniendo en la gobernacion del Estado, abajo introduciéndose en el seno de las familias; muchas veces no como mensajeros de paz sino siendo causa de enemistades, envidias, celos y discordias; en el ejército, los jefes cobraban las pagas de las compañías, y como el dinero no llegaba nunca á mano de los soldados, porque aquellos se lo dejaban antes en la mesa del juego ó en el tocador de la aventurera, los valientes que formaban los tercios salían á robar por los caminos, y hasta con la Inquisicion se atrevían; cada palacio de la corte era de día un centro de intrigas, y de noche un lugar de orgías; cada grande de España sostenía tres ó cuatro queridas que á su vez, y con el producto que la venta de su hermosura les dejaba, mantenían á rufianes, que eran sus verdaderos amantes; los primogénitos más ilustres hacían á sus padres traición ó conspiraban contra ellos, lo mismo para alcanzar el favor del Rey que por obtener las caricias de una dama; el pueblo se agolpaba á presenciar las fiestas que, con la mayor ostentación y con los más fútiles pretextos, se daban en los sitios reales y en la corte; en los conventos, y por los mismos frailes encargados de la censura en los corrales públicos, se representaban comedias de tal género que hubo de ordenarse que *no hicieran los padres sino cosas ordenadas á devoción*; las monjas hacían también comedias de la mayor inmoralidad, llevando la ficción hasta trocarla en realidad; dábanse banquetes de más de nuevecientos platos; asistían los curas á las corridas en que se lidiaban veintiseis toros; hablaban los predicadores desde el púlpito contra las liviandades de la Reina ó contra el papel sellado; desahogaba el populacho sus iras silbando á los favoritos en presencia de los reyes; gastábanse en una regata 800.000 ducados; andaban descalzos los tercios de Flandes, y los pueblos se morían de hambre, como el país debiera haberse muerto de vergüenza al verse convertido en rebaño embrutecido y esquilado por aquella turba de imbéciles y malvados, entre los que descolaron Oropesa y Haro, Portocarrero y Olivares, fray Froilan y

Lerma, Nithard y Valenzuela, la Calderona y la de los Ursinos.

Apénas bastan los gloriosos nombres de nuestros grandes artistas y poetas, que por un capricho de la suerte brillaron en la misma época, para borrar de la imaginacion y la memoria el recuerdo de aquellos desgraciados días en que el pueblo, condensando en una copla toda la vida y toda la política del tiempo, cantaba á voz en grito bajo los balcones de palacio:

Rey inocente,

Reina traidora,

Pueblo cobarde,

Grandes sin honra.

A pesar de haber frecuente y verdadero motivo para que la caricatura hiciese objeto de sus burlas las debilidades y los vicios de aquellas sociedades, son, como hemos tenido ocasion de ver en muy escaso número las que de estos años se encuentran; quizá incidentalmente algún autor del tiempo haga mención de una estampa ó un dibujo satírico pero no tenemos noticia de que se haya publicado; no ya una colección ó una serie de trabajos de esta índole, ni siquiera una sola lámina.

Empeñada España en nuevas guerras al advenimiento de la dinastía borbónica la faz del país varió completamente; Fernando VI y Carlos III, dos buenos monarcas en comparacion de los que España había sufrido anteriormente, fomentaron el engrandecimiento y la cultura pública, y en sus días la caricatura no dió señales de vida; aunque pudo aprovecharse de ideas y de hechos muy susceptibles de considerarse bajo un aspecto cómico. A Carlos III sucede Carlos IV, que se hizo reo de los mismos errores que empañaron la gloria de su padre; sin que por eso tuviera ninguna de sus buenas cualidades; la vida y las costumbres variaron mucho, consideradas con relacion á la época de los Felipes, sin ganar nada ciertamente en cuanto á moralidad, y entonces, próxima ya á espirar aquella sociedad española abigarrada y pintoresca, impregnada de color local y de carácter, aparece un hombre, un artista de extraordinario genio, que con la mirada fija en el porvenir y siendo partidario del progreso, hizo á un tiempo mismo el retrato y la sátira de aquella fase de nuestra historia patria: D. Francisco de Goya.

No hemos de hacer aquí su biografía: trabajos hay publicados

que, si no cada uno de por sí, pueden dar en conjunto idea de la importancia que tiene para la historia del arte el inmortal pintor de Carlos IV, el amigo de la duquesa de Alba y don Gaspar Melchior de Jovellanos. Sólo hemos de considerarle como caricaturista, como cronista epigramático del medio social en que vivió.

Está para nosotros fuera de duda, que sus célebres *caprichos* al agua fuerte, fueron hechos todos, absolutamente todos, con intencion satírica, ya contra personas determinadas, ya contra vicios ó preocupaciones sociales; en ellos, y á pesar de lo admirable de la ejecucion, esta es inferior á la intencion que los inspira; la dificultad está en descifrar el enigma encerrado en cada lámina. Tan léjos están de la verdad, á nuestro juicio, los que dan á esta parte de la obra de Goya una importancia excepcional, pretendiendo erigirle en apóstol de la revolucion, suponiendo en sus *Caprichos* un alcance que el autor no quiso darlos, como aquellos que consideran sus aguas fuertes cual si fueran sólo el resultado de un mero pasatiempo del artista. Que Goya conoció á fondo la sociedad de su tiempo, que hubo por tanto de sentir hácia ella el desprecio que toda inteligencia honrada siente contra el envilecimiento y la deshonra; que sus condiciones de carácter y su idiosincrasia moral le llevaron á zaherir por medio del ridiculo aquella degradacion y aquellos vicios, y que lo hizo en muchos casos personalizando el ataque, son para nosotros cosas que están fuera de duda. Lo que no creemos es que se le deba considerar como un artista filósofo que obrase obedeciendo á una línea de conducta trazada é impuesta de antemano; que de su genialidad y su carácter brotó la sátira, es cierto; pero que al grabar sus láminas pensara en reformar con ellas las costumbres, no podemos creerlo; se vió rodeado de gentes perdidas, viciosas é ignorantes, sintió horror hácia ellas, las azotó con el sarcasmo y las cruzó el rostro con el látigo de los grandes satíricos; luego, como toda imágen del mal, su obra pareció un correctivo, una apología del bien, y ha habido quien calificando á Goya de profundo pensador y moralista, ha desconocido su verdadera significacion.

La dificultad, hemos dicho anteriormente, está en descifrar el enigma encerrado en cada lámina de Goya. El ilustrado crítico francés, Pablo Lefort, autor de un *Ensayo del catálogo completo de la obra de Goya*, publicado en la *Gaceta de las Bellas Artes*, de

París, dice que posee un ejemplar de la primera edicion de los *Caprichos*, enriquecido con una nota manuscrita que trata de interpretar la intencion de algunos. Según esta nota, la lámina designada en la coleccion con el número 19, que lleva por epígrafe *Todos caerán*, alude á los muchos amantes que desde Pignatelli en adelante tuvo la Reina, y que fueron por ella misma puestos en ridiculo y despedidos para dejar su puesto á otros más afortunados; la 20, *Ya van desplumados*, trae á la memoria, en sentir del incógnito autor de aquella nota, las grotescas venganzas que la misma Reina ejercía con las mujeres de quienes tenia celos; la 36, titulada *Mala noche*, recuerda varias en que la misma real señora salía de palacio en busca de aventuras y volvía con los vestidos en desorden la 37; *¿Si sabrá más el discípulo?* hace referencia á la primera privanza de D. Manuel Godoy; las designadas con los números 40, *¿De qué mal morirá?* y 41, *Ni más ni menos*, aluden á Galisanga y Carnicero, médico y pintor del Príncipe de la Paz; en la 42, *Tú que no puedes...* Castilla y Leon gimen bajo el poder de malhadados favoritos; la 55, *Hasta la muerte*, critica con muchísima gracia la coquetería que hasta sus últimos días distinguió á la duquesa de Benavente; la 70, *Devota profesion*, es quizá una imágen de la pobre España entregada á la supersticion, el fanatismo y los errores; en la 71, y como temiendo verse ahuyentados por el sol de la verdad, los vicios y las preocupaciones, dicen *Si amanece nos vamos*; la 49, *Duendecitos*; la 53, *¿Que pica de oro!* y la 58, *Trágala perro*, ridiculizan la farsa teológica, la glotonería y la suciedad entre que vivian los frailes.

La interpretacion dada á todas estas composiciones puede en su mayor parte aceptarse como expresion de la intencion que animó á Goya; pero hay muchos *caprichos*, cuyo sentido es muy difícil de adivinar. Alude, por ejemplo, el núm. 15, *Bellos consejos*, ó el 17, *Bien tirada está*, á la famosa doña Pepita Tudó? Recuerda la plancha núm. 5, *Tal para cual*, las citas que daba á Godoy, María Luisa? Tiende á hacer burla de los continuos disgustos que con su regía madre tuvo el que luego fué Fernando VII, la lámina número 25, titulada *Hijo aturdido, madre colérica, ¿cuál es peor?* el agua fuerte, núm. 52, que lleva por epígrafe *Lo que puede un sastre*, ¿es quizá una sátira contra el culto de las imágenes? Finalmente, ¿entre las ochenta planchas que componen la coleccion hay va-

rias, como algunos pretenden, que atacan duramente, no sólo la política, las costumbres y la corrupción frailunas, sino también la confesión auricular, la devoción de las *celestinas*, la Inquisición, y hasta los dogmas del catolicismo? Dudas son estas que, á nuestro parecer, sólo podría aclarar el mismo Goya: tan oscura es su tendencia, tan velada su intención, que creemos completamente imposible descifrar el enigma que encierran. Esto en cuanto á la idea, en cuanto al móvil que impulsó á Goya á trazar y publicar sus célebres *Caprichos*.

En cuanto á su ejecución no puede darse nada más extraño pero tampoco nada que exprese mejor la idea del artista, ni que tenga más relación ó guarde más analogía con la inspiración á que obedece. El procedimiento del grabado al agua fuerte que Goya amalgamó con el *agua-tinta*, está empleado con una valentía, un arrojo y una seguridad admirables. Teófilo Gautier que, ciertamente ha incurrido como casi todos sus compatriotas en graves errores al hablar de España, pero de la excelencia de cuyo criterio artístico nadie puede dudar, dice á este propósito: «los dibujos de Goya están ejecutados al *agua-tinta* tocados y realzados por el agua-fuerte; nada hay más franco, más libre, más fácil; un rasgo indica toda una fisonomía, una masa de sombra hace de fondo ó deja adivinar sombríos paisajes medio abocetados; las quiebras de una sierra, son teatros ya preparados para un homicidio, para un asesinato: pero esto es raro, el fondo no existe generalmente en Goya. Como Miguel Ángel, desdén la naturaleza exterior y no toma de ella sino lo estrictamente necesario para colocar sus figuras y todavía sitúa muchas de ellas en las nubes. De vez en cuando un lienzo de muro cortado por un ángulo de sombra, el negro arco de una cárcel, una empalizada apenas indicada, he aquí todo. He dicho que Goya era un caricaturista á falta de palabra más adecuada: es la caricatura del género de Hoffmann donde la fantasía va siempre unida á la crítica llegando con frecuencia hasta lo terrible y lo lúgubre; diríase que todas aquellas cabezas grotescamente amenazadoras han sido dibujadas por la garra de Smarra sobre la pared de una alcoba de medroso aspecto, y á la luz de los intermitentes resplandores de una lámparilla agonizante. Se siente uno transportado á un mundo imposible y sin embargo real.»

Constituye el asunto de la mayor parte de los *caprichos* la más

extravagante mezcla, la más incomprensible amalgama de lo horroroso y lo ridículo, lo cómico y lo feo, lo cruel y lo trivial, lo repugnante y lo sarcástico; la imaginación más extraviada, la fantasía más estrambótica parecen haber presidido á la concepción de aquellos delirios, unas veces tan espantosos y otras tan picarescamente acusados; Goya no necesitaba, como Callot, para alterar la forma, inventar las monstruosidades más horribles; con actitudes, aunque imposibles verosímiles, con facciones y con rasgos humanos, trazaba fisonomías tan horripilantes, escenas tan fantásticas, que parecen ser, más que producto del cerebro humano, la imagen del mal ensueño que pudiera tener la encarnación de la pesadilla. Goya, dice Pablo Lefórt, trata el agua-fuerte como un colorista, y en verdad que es así; con solo el negro de la mancha y el blanco del papel anima y dá vida á sus figuras, las hace expresar cuanto quiere, y acusa en ellas con toda la intensidad posible y con los rasgos más enérgicos, el sello de las pasiones y los instintos, de los dolores y los apetitos: sin dejar de ser real, es muchas veces fantástico y extravagante, consigue horrorizar con los gestos más cómicos, y hacer reír con los suplicios más atroces, busca, encuentra la luz en los contrastes de la sombra y con sus juegos y sus rayos colora, dá brillantez á las partes principales de sus dibujos, y deja como en tinieblas todo aquello que pudiera distraer la vista y la atención del núcleo del asunto que trata; caracteriza un tipo con un rasgo, expresa una pasión en un gesto, define un vicio en una fisonomía, y hace con la línea cuanto puede hacerse con la palabra, siendo sus grabados á un tiempo mismo sátiras, retratos, leyendas, historias y consejas en que andan revueltos damas, soldados, brujas, nobles, busconas, majos, toreros, fantasmas, viejas y beldades.

En sus *Desastres de la guerra* no pueden considerarse como caricaturas sino algunas de aquellas láminas que son ajenas al título bajo que están coleccionadas. El ejemplar más completo comprende ochenta y dos grabados, de los cuales sólo los sesenta y cuatro primeros se refieren á nuestra heroica lucha con el capitán del siglo; los restantes son sátiras análogas á las ya citadas, y cuya descripción omitimos, como hemos omitido la de aquellas, porque su popularidad las ha hecho conocer hasta tal punto que nos parece ocioso tal trabajo.

Goya, una vez grabadas las planchas, hizo entrega de las prue-

bas á Cean Bermudez para que enmendara los epígrafes, y las pusiera título, lo que hizo el autor del *Diccionario* bautizando la obra de su amigo, *Fatales consecuencias de la sangrienta guerra en España con Buonaparte, y otros caprichos enfáticos, en 85 estampas, inventadas, dibujadas y grabadas por el pintor original D. Francisco de Goya y Lucientes. En Madrid.*

Las 64 láminas que realmente justifican el título *desastres de la guerra* con que hoy se conocen, forman un conjunto de escenas horribles que dan clara idea de lo que fué la heroica y salvaje lucha que España sostuvo por su independencia: ninguna historiador llegará con la frase donde ha llegado Goya con la figura en cuanto á expresar las inauditas crueldades, los horrores, las escenas de muerte y exterminio de que nuestra patria fué teatro y en que tomaron parte nuestros padres. Fusilamientos en que caen traspasados por el plomo invasor, sujetos unos á otros y como en racimos humanos juntos el jóven y al anciano, la mujer hermosa y el inocente niño; montones de hombres y caballos despedaza los y medio hundidos en charcos de sangre caliente todavía; heroínas que luchan á brazo partido con los invasores; montículos de cadáveres insepultos que abraen con su odor insoportable y á bandadas las aves de rapina; merodeadores infames que despojan á los muertos de cuanto encima tienen sin curarse en aliviar la suerte del moribundo que se desangra abandonado en la ancha extencion del campo de batalla; mujeres que resisten como fieras á los brutales apetitos de los soldados enemigos; heridos á quienes rápidamente se alivia un momento de su dolor porque *aún podrán servir*; muertos descuartizados y clavados en las enrejadas de un camino; frailes que guían á las turbas cuando estas arrastran ó persiguen á un afrancesado; casas que se hunden sepultando en su caída mujeres medio desnudas; catástrofes imposibles de describir, venganzas imposibles de imaginar, suplicios inconcebibles y en que nadie creería si aún no conserváramos en la memoria el recuerdo de haber oido contar á nuestros padres y nuestros mayores, hechos y escenas análogas á los que Goya pinta y que son la muestra y el ejemplo de lo que es capaz de hacer y de sufrir un pueblo en defensa de su honra y de su libertad. La obra de Goya consistió en legarnos la imagen de una sociedad que iba á desaparecer para siempre, como dice muy bien un crítico moderno: puede añadirse que la consideró en gran parte bajo su

aspecto cómico y con tan vivos colores la retrató, con tal verdad trazó su imagen, hiriéndola al mismo tiempo con el sarcasmo y la ironía, que sus composiciones valen tanto para el conocimiento de la época como los mejores escritos del tiempo; Goya y don Ramon de la Cruz, un pintor y un poeta, hé aquí los grandes cronistas de aquellos días en que España se trasformó perdiendo, á impulsos de las ideas nuevas, muchas de sus preocupaciones y muchos de sus errores, como el árbol cargado todavía de hojas secas las deja caer al sentir circular por su tronco nueva sávia cuando agita sus ramas ese primer viento de la primavera á cuyo soplo parece revivir la naturaleza y encenderse con más vivos resplandores el día.

## VII

Junto al glorioso nombre de Hogart puede Inglaterra colocar los de Gillray y Rowlandson. España, ménos afortunada, no puede acompañar de ningún otro el nombre inmortal de D. Francisco de Goya: ha sido el único caricaturista que hemos tenido; ni en la intencion, ni en la ejecucion, ni en el pensamiento, ni en la expresion puede comparársele ninguno de los dibujantes españoles que han considerado la vida bajo su aspecto cómico. El mérito de Goya y sus relaciones personales le hicieron disfrutar de una libertad de que ningún otro hubiera podido gozar en sus trabajos; aunque hubiese tras el aparecido un artista de gran vena satírica, no le hubiera sido dable, tan fácilmente, hacer mofa de sus contemporáneos. Quizá por esto las pocas caricaturas posteriores á Goya, algunas de las cuales no están desprovistas de alcance y gracia, fueron publicadas sin firma y cómo aisladas, independientes unas de otras, sin guardar relacion entre sí y sin constituir séries como las de los célebres *Caprichos*. Así su clasificacion es difícil, punto ménos que imposible; sus autores dieron á luz, las más, no solo bajo el velo del anónimo, sino hasta sin fecha; muchas de ellas hacen referencias á sucesos de tan poca importancia que no se conserva hoy memoria de ellos, y en otras está tan oscuro su sentido que no es posible descifrarlo.